

Art. 1.º Los gobernadores de los Estados...

Art. 2.º La primera parte del art. 1.º de...

Art. 3.º La segunda parte del art. 1.º de...

Art. 4.º En ningún caso podrá imponerse...

Art. 5.º Toda ley que imponga...

Art. 6.º El Ejecutivo no podrá...

Art. 7.º En las facultades conferidas...

do escrito del mismo tenor y...

Art. 8.º La facultad de...

Art. 9.º La facultad de...

Art. 10.º La facultad de...

Art. 11.º La facultad de...

Art. 12.º La facultad de...

Art. 13.º La facultad de...

Art. 14.º La facultad de...

Art. 15.º La facultad de...

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

El Sr. Lerdo en la revolucion, pero lejos del campo. Una cita del Libro II de esta obra. El Estado de San Luis Potosi. Resultados de la anarquia. Los sucesos de Occidente. Batalla de Matapulgas. Explicaciones y reflexiones. Nuevos aprestos del ejercito del Sr. Juarez. Tesis general. Conclusion.

HASTA las reservas se tuvieron que movilizar para pretender asentar el mas terrible golpe a las libertades publicas. El gobierno del Sr. Juarez se hundia no siendo suficientes ni el acopio de los elementos para neutralizar los adelantos de la revolucion, ni el constante trabajo de la politica roedora del jesuitismo para sembrar la desconfianza.

El partido que representaba el Sr. Lerdo continuaba fiel en su puesto, no sin fluctuar en la borrasca por la que pasaban sus tacitos adversarios.

El Sr. Lerdo gozaba con los sucesos del Oriente porque la revolucion no le convenia por el momento. El Sr. Lerdo tambien se mostraba satisfecho con los progresos en las filas revolucionarias de la frontera interior porque realizaba algunas de sus inmediatas ilusiones que consistia en ver reñir sin tregua a los dos partidos para aprovecharse en un momento dado de la situacion.

Aunque suponemos al Sr. Lerdo fuera del campo de accion, no lo debemos creer separado absolutamente de los incidentes de la politica: b tal inercia de hubiera causado la muerte, o mas aun, el trastorno cerebral de que se dijo tanto, durante su periodo de presidente.

Y tan cierto es que D. Sebastian trabajaba, que no tardó en poner en luego sus maquinaciones para fructificar la anarquia en el brillante ejercito constitucionalista que obedecia las ordenes del patriota general Gerónimo Treviño. Tan cierto es, que vamos a ver entrelazados

Capitulo I

elementos heterogeneos, tales como la perfidia con la lealtad, la traicion con rasgos de generosidad, la felonía con el martirio.

La tercera entidad que dió en llamarse lerdista era una mezcla de traidores á la patria, de liberales arrepentidos, de meretrices políticas, de abogados sin clientela, con algunos hombres de inteligencia suficiente para llamarse pillos con fortuna. Este partido buscaba el predominio por medios reprobados, y no podia ser de otra manera puesto que cada fisonomía acusaba desde luego las intenciones poco loables de tales redentores.

El jefe de esa secta premeditaba un plan para saciar sus locas ambiciones y con ideas horribles, hasta temerarias, pretendió asaltar un puesto de donde le rechazaba el sentido comun.

El presidente de la Suprema Corte de Justicia habia sido elevado á tal altura por el benemérito de México, por el Sr. Juarez. En los dias de la eleccion se calificó el atentado al sufragio libre como un error del presidente de la confederacion mexicana; hoy este error es lamentado por el mismo Sr. Juarez sintiéndose llegar el arrepentimiento, aunque tarde es ya dar un golpe de gracia á los ingratos.

El C. Lerdo no dormia pensando en zaherir con un puñal á su protector: esta era la ofrenda que debia poner ante el altar del Sr. Juarez: *todo es creible en la política.* Pero D. Sebastian, conociéndose incapaz para un rasgo de valor, trabajaba con paciencia para llegar á sus siempre lamentables resultados.

En obsequio de la verdad, el vice-presidente de la República dió muestras de una gran viveza y de suma habilidad, aunque bien es cierto que las circunstancias se colocaran en aptitud desembarazosa para maniobrar en un campo llano y convenientemente atrincherado. Sea como fuere, vamos á ver los resultados del jesuitismo. Adonde se vea el valor del crimen, la mano de un asesino, el desorden y el temor, diremos que hay arde la política del antiguo rector de San Ildefonso; y cuando veamos el triunfo del pueblo por el camino recto, diremos que el Sr. Lerdo entregó todas sus prendas al público, ó que ha venido á caer en manos del ridículo.

## II.

Cuando hablamos de los acontecimientos de la guerra iniciada en San Luis y Zacatecas, recordará el lector que prometimos ocuparnos detenidamente acerca de los sucesos de Charco Escondido. Ninguna oportunidad mejor que la presente para hacer aclaraciones, puesto que este suceso fué la fuente de la division que Lerdo puso en juego para neutralizar el crecimiento del partido porfirista.

Antes que todo, preciso es anunciar que la fuerza de las circunstancias moderan la imaginacion de los caudillos, y que nada difícil es ver cambiar de frente á un hombre en sus convicciones, cuando su conve-

niencia, ó la conveniencia de la comunidad le trazan un camino dado. El general Gerónimo Treviño como gobernador del Estado de Nuevo Leon, como general del Ejército, como jefe de una línea de operaciones tenia que obrar segun le aconsejaban su dignidad y corazon. Por otra parte, amigo de una causa que combatia por deber, filiado en el partido de sus antagonistas, se encontraba en la disyuntiva del honor y de la gratitud.

El general Pedro Martinez confiaba sin ninguna restrincion en el general Gerónimo Treviño. Despues de una correría de muchas leguas se arrojó y digámoslo de una vez, sin fundamento, libre de la persecucion de las tropas juaristas, contando para esto con los vínculos que le ligaban al gobernador de Nuevo Leon. Por uno de aquellos errores de la fortuna la situacion topográfica de su recién escogido cuartel general, le indicaba que el disimulo del general Treviño seria bien punible aun á los ojos de los indiferentes.

Hay momentos en la política en que no se puede jugar con dos barajas sin dejar de ser el ludibrio de la muchedumbre.

Pedro Martinez fué sorprendido en su campamento por las fuerzas de Nuevo Leon: esta sorpresa no la podia olvidar puesto que heria su amor propio, pero no deberia dar á entender que su inesperienza y confianza no justificada la originaron.

Alguien ha dicho que habia compromisos recíprocos en ambos contendientes; nosotros podemos asegurar que no existieron, y, admitiéndolos, nos parece que un hombre no debe aventurar su honor militar con la fé ciega de perderlo por la mas leve indiscrecion.

Sea lo que fuere, el general Pedro Martinez se habia sentido lastimado; una sorpresa y una derrota reales, una deslealtad imaginaria le hicieron susceptible al rencor por el general Gerónimo Treviño, y á todo trance sus perversos consejeros le indicaban la oportunidad de la venganza.

Los que estuvieron en el secreto de Charco Escondido, los que vieron que no las circunstancias sino un ardid militar, los que pueden decir con franqueza á qué se debió ese triunfo de las armas fronterizas, díganlo si nó á la fortuna, y no se trate de desvirtuar los acontecimientos buscando una víctima indefensa.

No ponemos en duda el valor del general Pedro Martinez, ni de sus dignos compañeros de infortunio, no, en esa época los mártires de Charco Escondido, consta como ahora, con las aclamaciones del pueblo agradecido; pero tampoco esos valientes ciudadanos crean que las tropas del vencedor han llegado de manera indigna á sus leales subalternos.

Esta mirada retrospectiva que nos propusimos escribir es el prólogo sangriento de la batalla de la Bafa.

El Sr. Lerdo se valió de este ardid diplomático para tomar una actitud mas sólida en su observatorio astronómico, adonde, digámoslo de paso, no llegaba ni el olor de la pólvora de los combates fratricidas.

Hemos dejado al ejército constitucionalista del Norte en la plaza del Saltillo reorganizándose y reorganizando políticamente aquellas poblaciones.

El gobernador de Coahuila, general Zepeda, fué sustituido por el coronel Hipólito Charles, quien á la vez fué nombrado Comandante Militar con facultades discrecionales.

El jefe del Ejército del Norte, teniendo en cuenta la importancia de una línea avanzada y de operaciones al frente del centro, nombró al coronel Francisco Narvaez, Comandante Militar del Estado de San Luis, mandándole á la vez el despacho de general para que ejerciera ampliamente sus funciones.

Aunque el movimiento militar del Oriente de San Luis Potosí se redujo en un principio á desconocer la autoridad del Sr. Escobedo, las ligas íntimas de este llamado gobernador con los altos funcionarios de la Federacion, obligaron á los anti-escobedistas á ponerse frente á frente de la dictadura.

El mejor éxito acompañó á los valientes soldados de la democracia. En los primeros dias del mes de Diciembre de 71, el coronel Francisco Narvaez sorprendió en San Isidro á las fuerzas que mandaba el coronel Zárate, quedando este jefe muerto en el combate. A los pocos dias otro encuentro cerca del Valle del Maiz en que salieron vencedoras las fuerzas pronunciadas, hizo dueños á los constitucionalistas de una zona estensa adonde pudieron organizar ochocientos infantes á las órdenes del entendido coronel Juan Climaco Chasco, seis escuadrones al mando de los jefes Jacobo Verástegui, Luis Castro, Luis Villalobos, Anselmo Calvillo, Febronio Ortega y Quiróz, y una seccion mínima de artillería que condujo de la frontera el coronel Matías Fernandez.

Entretanto los caudillos del Norte arreglaban sus diferencias, las fuerzas del Estado de San Luis quedaron en disposicion de avanzar sobre la capital, en una línea occidental escalonada desde la Corcovada, Puerto de San José, Peotillos, hasta Rioverde, adonde no fué jamás interrumpida ni amenazada por las fuerzas del gobierno.

En la Huasteca Potosina el coronel Vidales organizaba fuerzas nacionales que deberian proteger la retirada de las de Oriente, caso de una derrota, poco favorable en estas circunstancias.

Las fuerzas de Sierragorda al inmediato cargo del general Olvera, eran neutrales y aun habia convenios para que se respetasen recíprocamente los límites de los Estados de San Luis y Querétaro.

En el Sur de Potosí un Sr. Tejada, amigo del gobierno, organizó veinte hombres que se le pronunciaron cerca de la capital del Estado.

Por el Norte de San Luis, en Matehuala, Venado, Moctezuma, se

encontraban las fuerzas avanzadas de la Division Treviño, á las órdenes del general Pedro Martinez.

En una palabra, la posicion militar de las tropas restauradoras de las garantías, indicaba que el punto objetivo del Cuerpo de Ejército del Norte, era la plaza de San Luis Potosí.

Nosotros somos tal vez muy jóvenes para apreciar la conducta de los jefes de la revolucion, pero tenemos en cuenta que antes que todo se trata de la sangre liberal de un pueblo de valientes.

La cordillera de triunfos de Oaxaca, la ocupacion de su capital, la severa leccion á las hordas porfiristas, léjos de dar los resultados que se esperaban de tanto brio, no ocasionaron sino la evacion del jefe de las armas populares y el gasto inútil de los sacrificios del juarismo.

A la fecha han pasado tres meses de la toma de Oaxaca, del asesinato del gobernador constitucional, y todavía no se pueden mover los restos de catorce mil hombres,—que como decía el órgano oficial—habian impuesto el cumplimiento de la ley con solo su presencia. (!)

Esto ha dado margen á que en el resto de la República se restauren las libertades, con mayor aceleracion. Si en lugar de la anarquía que sembró el Sr. Lerdo, se hubiera unificado el mando del ejército, ya estuvieran las avanzadas de las fuerzas nacionales frente á la Metrópoli Mexicana.

Pero no fué así.

Mientras D. Benito revestido de nueva energía, como el Sol cuando está próximo á fenecer, se encarga de recomponer la marcha gubernamental, ora improvisando nuevos batallones y escuadrones que mandar al matadero, ora buscando en las arcas extranjeras un crédito que pagará hartó caro la nacion, ora reconciliándose con los imperialistas, ora prostituyendo á los jefes de la revolucion que olvidándose del sagrado deber que se han impuesto con la comunidad, rompen los tratados sagrados que firmaran dias antes en los campamentos de los héroes. (Aquí sin duda está la mano del Sr. Lerdo.)

Tal parecia que en aquellos momentos el espíritu maligno de la ambicion posaba en los corazones de los caudillos. No se puede explicar de otra manera ese desconcierto, esa anarquía que tendrá que resentir la causa del pueblo libre y soberano.

Tres meses de armisticio, noventa dias de tregua en los que bien se

pudo reconquistar las dos terceras partes del territorio, en los que se pudo, á no dudar, devolver la libertad usurpada por el dictador á ocho millones de habitantes.

Se decía que se aguardaba la cooperación de los elementos lerdistas para asestar un golpe decisivo al gobierno; se aguardaban las defeciones de Escobedo y Antillon para obtener la entrada triunfal á la capital de la República. Bonitos sueños, pero los jefes de la insurrección no estaban en aptitud de ilusionarse!

Nosotros somos tal vez muy severos para apreciar la conducta de los jefes de la revolución, pero tenemos en cuenta que antes que todo se trata de la sangre liberal de un pueblo de valientes.

Perdónenos nuestras exigencias al hacer una fotografía tan triste de la situación que guardaba el país.

Por una parte vemos a un gobierno llamado republicano, tiránico y despótico que no omite sacrificio para imponer la monarquía, y en otra hace un gobierno impopular y ambicioso que ve naufragar sus embarcaciones en la borrasca de la libertad. Por otra parte vemos un puñado de valientes que han dado su bienestar á la patria en momentos aflictivos para ella, pero que hoy se ciegan al comenzar á ver su causa flotando á toda vela y todos quieren ser pilotos de una sola zabra!

No, preciso es convenir que la ausencia del jefe de las armas nacionales mucho influyó en el progreso de la insurrección, pero no pudo ser de otra manera, culpemos al Dios de los destinos, deseando tan solo que los pueblos cosechen la suma de experiencia que en estos casos escepcionales, con prodigalidad reparte entre las mieses de los labradores, el Marte de la política lerdistas.

## V.

El general Donato Guerra se encontraba en Durango.

Las autoridades del Estado habían huido dejando todos los pertrechos de guerra en poder del jefe de la línea de Occidente.

La plaza de Zacatecas estaba en poder del general García de la Cadena y se disponía á marchar sobre San Luis Potosí, á la aproximación de las demas fuerzas constitucionalistas.

Los generales Guerra y García de la Cadena, se incorporaron tarde al campo de ejército del Norte, formando una columna respetable para librar un combate decisivo con todas las fuerzas del gobierno.

Esperemos unas cuantas semanas y veremos el fruto de tantos sacrificios.

Secundaron los generales Tomás Borrego y Manuel Márquez el plan político que vio la luz en la hacienda de la Noia, reconociendo en seguida como jefe inmediato al general Donato Guerra.

La ocupación de Durango, la zona de Zacatecas, la completa derrota á las fuerzas gobiernistas en Matapulgas, constituyen los trofeos de las huestes populares en el Occidente de la República.

Antes de pasar adelante, recordemos algunos incidentes que encierran todo el interés de la campaña de Occidente, continuando en el siguiente capítulo la narración histórica de los hechos acaecidos, sobre todo, despues del encuentro célebre de Matapulgas que hizo desquiciar al gobierno del equilibrio en que yacia.

El general Donato Guerra no descansaba en la fatiga que se habia impuesto; aguardando al general Porfirio Díaz tenia que cuidar la frontera de Chihuahua para proteger su paso; enfrente de un enemigo activo y numeroso tenia que vijilar con escasa fuerza una estensa zona adonde manobra una Division juarista de cuatro mil soldados.

En tal situación, el general segundo en jefe de las armas populares no dormia en su cometido, pretendiendo con movimientos militares aparentaba triple numero de fuerza y, ya con engaños, con emboscadas con marchas forzadas pudo al fin dar confianza á su adversario para decidirlo á un encuentro en el que pudo perderse lo conquistado por las huestes porfiristas sin el valor y pericia del general Donato Guerra.

Hagamos notar que la política de Occidente, y sobre todo la de Jalisco, protejera los avances de la guerra, tanto mas que los caudillos de Sonora y Sinaloa habian saltado á la arena para complicar mas la situación del gobierno federal.

El puerto de Mazatlan estaba á la custodia del general Donato Guerra; la línea accidental de este puerto á Durango era una línea estratégica pasajera para el jefe del Ejército de Occidente, la retirada y reserva no estaban determinadas como no lo puedan estar en una campaña que no cuenta con elementos verdaderos. Sin embargo, el teatro de la guerra en aquella parte de la República no dejaba que desear.

En los pocos dias que el general Guerra tuvo para disciplinar su tropa y aprestar su equipo, no desperdició ni un minuto, sino antes bien, atendiendo á sus múltiples atenciones, dió lugar á todas ellas con la precisión de la logística.

En esta zona la causa popular fué menos fecunda en acontecimientos lamentables; mas afortunada porque el centro de union lo constituia un principio; tan heroica como la del Norte, porque siempre acampaba el cuerpo de ejército á la vista de una columna respetable de soldados del gobierno.

Desde que inició su movimiento el modesto y caballeroso general Donato Guerra, se marcó una secuela que tenia que producir los mejores resultados: era lo ciega obediencia á los ordenes del Cuartel General; era prescindir de su amor propio en el mando absoluto y hacerse partícipe como último de los subalternos en una función de armas en que se empeñara la sangre de sus compatriotas.

Secundaron los generales Tomás Borrego y Manuel Márquez el plan político que vió la luz en la hacienda de la Noria, reconociendo en seguida como jefe inmediato al general Donato Guerra.

La ocupacion de Durango, la toma de Zacatecas, la completa derrota á las fuerzas gobiernistas en Matapulgas, constituyen los trofeos de las huestes populares en el Occidente de la República.

Antes de pasar adelante, recordemos algunos incidentes que enriquecen tan todo el interés de la campaña de Occidente, continuando en el siguiente capítulo la narración histórica de los hechos acaecidos, sobre todo, después del encuentro célebre de Matapulgas que hizo desdibujar al gobierno del equilibrio en que yacía.

El general Donato Guerra no descansaba en la fatiga que se había impuesto. Durante el juicio de la fuerza, cuando las pasiones enardecen y los ánimos se exaltan, cuando se ven en todos ámbitos sangre, que tinte las balas fratricidas y el fuego enrojece la atmósfera que respiramos, cuando los hombres prescindiendo de las dotes que le diera la mano del Autor de la naturaleza se precipitan como fieras buscando en la muerte de los antagonistas el lenitivo de los males que afligen á la sociedad, cuando verdaderos salvajes no pierden la víctima hasta recoger su último aliento, es entonces cuando se tiene que admirar que antes de las justas represalias, se enarbole magestuoso el pabellon de la generosidad y se respondan á los asesinatos alevosos y premeditados con el perdón mas amplio, con la amnistia mas heróica.

Esto comprenden las victorias que alcanzaron los revolucionarios de 72.

El asesinato del gobernador de Oaxaca, general Félix Diaz, que alarmó con razon al mundo entero, daba pábulo á los días mas negros de la patria.

Cada encuentro en que la fortuna ceñía sus coronas á los patricios de la independencía nacional, era aguardado por la muchedumbre con ansia para saber cuántos cadáveres se ofrecían en el altar de la victoria.

El periódico *El Diario Oficial*, altamente interesado en desprestigiar á los guerreros del pueblo, llenaba sus columnas con *partes ilusorios* que denunciaban la muerte de prisioneros y heridos en los combates que acaecieron.

Pero nosotros, que presenciámos los momentos mas encarnizados de la lucha, nosotros que debimos ser víctimas del furor reeleccionista, nosotros que fuimos arrancados repetidas veces del cuadro en que debimos ser sacrificados, por las lágrimas de las señoras, nosotros que alcanzamos gracia en virtud de una rara generosidad, podemos atestiguar seguramente cuál de las conductas seguidas respectivamente por ambos contendientes, fué la mas punible ó la que mas alabanzas merece de las generaciones.

No debemos olvidar las horas de martirio por que se nos hizo pasar en aquellos siglos de desesperación.

Hay heridas que nunca cicatrizan, y si perdonamos, si no hay ren-

cor en nuestro corazón tan hondamente lastimado, si no odiamos, es porque el lenitivo de esas penas consiste en saber ser resignados y generosos.

En estos momentos, el nuevo aliento que han tomado los gobiernos, las pequeñas suma de prestigio recibida siquiera por contener el rápido incremento que tomó el plan político regenerador, la escasez de numerario de las tropas porfiristas, la miseria que reinaba entre sus filas, las persecuciones á sus parientes, las amañanzas, las ejecuciones, todo en fin, enardecía el horizonte de la victoria y la independencia. En la batalla de Matapulgas perecieron durante los horrores del combate mas de doscientos ciudadanos, pero al suspenderse el fuego no se oyeron mas aquellas detonaciones sordas y lúgubres que causaron tanto pavor á los habitantes de la capital la memorable noche del 1.º de Octubre de 71. Léjos de eso, los heridos perdieron el color político y se entregaron á los médicos del vencedor para que les aliviase de los males que les causara la dictadura entronizada con la careta de República.

En el hospital de los rebeldes se admiraba la fraternidad democrática, mientras que los heridos por los proyectiles del juarismo iban á curar sus males al otro mundo; ¡quién sabe si esta economía de medicinas no costará bien caro á tales asesinos!

## VI.

Creemos con esta breve esposicion haber dado lugar al lector para imponerse de la situacion topográfica de las fuerzas porfiristas en el teatro de la guerra del Norte y Occidente.

Nos falta hacer notar la importante presencia de las fuerzas del general Pedro Martinez en la derrota del general Neri, que aunque no tomaron participio directo en la accion, llegaron con oportunidad y contribuyeron tácitamente al brio de los bravos asaltantes de la posición que defendía el gobierno.

Esto pasaba en los primeros días de Febrero de 1872.

Como notará el lector, el Sr. Juarez con el mando absoluto del territorio que le era fiel, dueño de vidas é intereses, revestido de facultades omnímodas, explotando la anarquía que reinó entre algunos jefes de la insurreccion, ayudado con la política maquiavélica de su antiguo ministro universal, que le favorecía naturalmente, difamando sus amigos á los caudillos del pueblo, difundiendo la alarma con la ausencia del general Diaz, dando ascensos, premios y condecoraciones á sus instrumentos ciegos, autorizando el plágio ó reclutaje por medio de la leva, pudo al fin recomponer las divisiones despedazadas que no se habian podido movilizar de Oaxaca, y preparar la salida de una columna nueva, para aventurar ó disputar en *una sola batalla* el triunfo de la reeleccion ó el triunfo del sufragio libre que proclamaban las masas populares.

Convengamos en que la revolucion perdió un triunfo precioso que solo es disculpable por la economía de sangre que tanto preocupaba á sus caudillos.

En estos momentos, el nuevo aliento que han tomado los gobiernistas, la pequeña suma de prestigio recobrada siquiera por contener el rápido incremento que tomó el plan político regenerador, la escasez de numerario de las tropas porfiristas, la miseria que reinaba entre sus filas, las persecuciones á sus parientes, las amenazas, las ejecuciones, todo en fin enegrecia el horizonte, nublaba la vista, y la inquietud, el desorden, la confusion, las esperanzas perdidas, ensangrentaban mas y mas la lucha. ¡Ojalá y no tenga un desenlace trágico tal situacion!

En el hospital de los rebeldes se admiraba la fraternidad democrática, mientras que los heridos por los proyectiles del injusto iban á curar sus males al otro mundo; quien sabe si esta economia de mediana no costará bien caro á tales asesinos.

El Estado de Hidalgo fue declarado en sitio de guerra por el gobierno federal, y se le impuso el pago de un impuesto de guerra de un por ciento sobre el valor de los bienes inmuebles.

El organo oficial demostraba grande alarma, aunque pretendia aparentar la existencia de un poder suficiente para combatir los progresos de la revolucion; pero los hechos que vinieron á desmentir ese brio demuestran los grandes temores que abrigaban los sectarios de la reeleccion.

A la derrota del general Neri, á la aproximacion hasta Bocas, Peñasco y Moctezuma, de las fuerzas del general Pedro Martinez, á la llegada á la Morena de la columna del general Francisco Narvaez, no se dió mas respuesta que el llamamiento violentísimo al general Sóstenes Rocha para que se pusiese al frente de la situacion.

Por otra parte, el general Quiroga ocupaba las plazas de Mier, Camargo y Reynosa, teniendo á su frente las escasas tropas del general Cortina que custodiaba Matamoros.

La guerra en Oriente iba reconquistando lo perdido aunque lentamente. Su programa no consistia el ataque, ni el tomar la iniciativa, sino solo obligar al Supremo Magistrado reelecto á conservar en pie de guerra cuatro ó seis mil hombres que cuidasen la tierra conquistada.

Manuel Gonzalez, el valiente fronterizo que aparecia en Morelia tan pronto como en Puebla, en la Sierra de Oaxaca como en las montañas de Guerrero, tenia desvelado al Comandante militar Ignacio Alatorre y este le pedia clemencia, puesto que le negara la consideracion.

Mendez y Negrete, Teruñche, Narate y otros valientes jefes se encargaron de impedir toda combinacion entre ambos ejércitos.

El Estado de Tamaulipas conservaba su actitud indiferente á través de las emboscadas diplomáticas del gabinete mexicano. Base de teorías de las fuerzas constitucionales, era una indiscrecion que complicaba los acontecimientos; linea de retirada, conservaba una honrosa neutralidad que favoreció los planes de los revolucionarios. Las entidades locales de San Luis no pudieron jugar con dos caras, como lo ordenara de antemano el C. Lerdo. D. Mariano Escobedo poco práctico para semejantes situaciones, tomó el mejor partido para él de la retirada.

CAPITULO II

El Estado de Hidalgo fue declarado en sitio de guerra por el gobierno federal, y se le impuso el pago de un impuesto de guerra de un por ciento sobre el valor de los bienes inmuebles.

Ojo de pájaro.—Mirada retrospectiva.—Decretos del general Diódoro Corella, en San Luis Potosí. —Contesta la legislatura.—Documento del Supremo Poder Judicial del Estado de San Luis y enérgica protesta de la respetable corporación.—Sale el general Rocha de la capital.—Algo de estrategia.—La manzana de la discordia.—El puerto de cuarenta.

LA dictadura se vió en el caso de mandar nuevos refuerzos al centro de la Republica, después de la accion de Matapulgas.

Las fuerzas nacionales combinadas sobre la capital de San Luis Potosí, amenazaban una inminente derrota total, cuestion que no dejó pasar desapercibida el talento previsor del C. Juárez.

El organo oficial demostraba grande alarma, aunque pretendia aparentar la existencia de un poder suficiente para combatir los progresos de la revolucion; pero los hechos que vinieron á desmentir ese brio demuestran los grandes temores que abrigaban los sectarios de la reeleccion.

A la derrota del general Neri, á la aproximacion hasta Bocas, Peñasco y Moctezuma, de las fuerzas del general Pedro Martinez, á la llegada á la Morena de la columna del general Francisco Narvaez, no se dió mas respuesta que el llamamiento violentísimo al general Sóstenes Rocha para que se pusiese al frente de la situacion.

Por otra parte, el general Quiroga ocupaba las plazas de Mier, Camargo y Reynosa, teniendo á su frente las escasas tropas del general Cortina que custodiaba Matamoros.

La guerra en Oriente iba reconquistando lo perdido aunque lentamente. Su programa no consistia el ataque, ni el tomar la iniciativa, sino solo obligar al Supremo Magistrado reelecto á conservar en pie de guerra cuatro ó seis mil hombres que cuidasen la tierra conquistada.

Manuel Gonzalez, el valiente fronterizo que aparecia en Morelia tan pronto como en Puebla, en la Sierra de Oaxaca como en las montañas de Guerrero, tenia desvelado al Comandante militar Ignacio Alatorre y este le pedia clemencia, puesto que le negara la consideracion.